

ciudad. Así se intitula la nueva obra de Félix LE DANTEC (*L'Egoïsme, seule base de toute Société*, Flammarion editor, París). No la hemos leído. Vamos solamente a referir a nuestros lectores lo que nos dice un íntimo amigo del famoso biólogo de la Sorbona.

Asistimos a una nueva orientación del talento de Le Dantec.—La tesis principal es esta: Excluída toda intervención metafísica, el egoísmo psicobiológico, es decir, el instinto de conservación y la necesidad de vivir, es el origen y fundamento de toda organización social — política o no—, entre los hombres.

Tal egoísmo no debe ser confundido con el egoísmo moral, conscientemente individualista, cuyo predominio haría imposible el desarrollo del altruísmo, que no es sino una ventajosa deformación del egoísmo biológico.

Para Le Dantec, el instinto fundamental de la conservación, desviándose lógicamente del punto de partida, engendra poco a poco la noción del bien y del mal, del derecho y del deber. Todas las conquistas de la civilización son explicadas por adaptaciones sucesivas, que obligan al hombre a armonizarse cada vez mejor, aunque siempre en equilibrio inestable, con los diversos medios, variables ellos también.

Separadamente habíamos recibido y leído el apéndice de la obra que señalamos. Es admirable y se denomina «el papel de la casualidad en la justicia de los hombres» (*Le rôle du hasard dans la justice des hommes*). Aquí mismo, en Costa Rica, hemos oído a uno de nuestros magistrados más rectos y laboriosos expresar una tesis muy semejante a la de Le Dantec. «A bien mirar las cosas—nos decía, poco más o menos, dicho magistrado,—todo nuestro embrollado mecanismo penal podría ser sustituido, sin que se notara el menor cambio en los resultados, por una simple lotería: el acusado seguiría sacando su pena o absolución a la suerte: multa de 1, multa de 100, presidio de 1, presidio de 100, ab-

suelto, etc.» El juego a la justicia sería así mucho más barato y mucho más inocente.

¡La diferencia de convicciones políticas! El curso de la vida me ha enseñado, por examen de conciencia y por las observaciones hechas en los otros, cuán activa y tenaz es esta causa de animosidad entre los seres. Yo quisiera, al llegar al extremo de mi camino, poder decir que he logrado despojarme de todo atavismo o viejo instinto a tal respecto. En 1905, habiendo tenido el honor de dirigirme a los estudiantes en el banquete de su Asociación General, les he propuesto creer que la semejanza de opinión no debe ser condición eficaz de las relaciones amistosas, y que las cualidades de fondo, la dignidad, la delicadeza, el amor al trabajo, la veracidad, los escrúpulos, todas las limpiezas mentales, son atributos del carácter más importantes que los colores políticos o sus matices.—Así habla Pablo HERVIEU, de la Academia Francesa, dirigiendo *el telescopio hacia los recuerdos* de ciertas desavenencias de su infancia y de su juventud. *Le télescope sur les souvenirs*, junio de 1912.

De las varitas adivinatoras hemos oído hablar desde jóvenes y desde entonces estamos esperando los prometidos datos exactos acerca del fenómeno, tan negado por unos como defendido por otros. El hecho parece ser éste: hay varitas (particularmente de avellano) que colocadas de cierto modo en las manos de ciertas personas se ponen a moverse bajo la influencia de las aguas subterráneas y de las grandes masas metálicas. La gente dice: hay varitas que, «en manos felices», adivinan fuentes y minas. Huelga añadir que sucede en este caso lo que sucede siempre que algo sale del campo de las cosas que estamos acostumbrados a ver y que hallamos muy naturales, aunque no las comprendamos. La imaginación supersticiosa, suelta de riendas, exagera las proporciones del hecho, lo desfigura y oscu-